

INFANTIL



© Del texto: 2011, JULIA ÁLVAREZ

© De la traducción: MERCEDES GUHL

Publicado de acuerdo con Random House Children's Books,
una división de Random House, Inc.

© De esta edición:

2012, Santillana

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-618-4

Registro legal: 58-347

Impreso en Costa Rica

Ilustraciones de: REBECA JIMÉNEZ PINTOS

Tercera reimpresión: abril de 2016

Cuarta reimpresión: mayo de 2019

Prohibida su venta en Estados Unidos de América, Puerto Rico, Filipinas y Canadá.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

De cómo tía Lola salvó el verano

Julia Álvarez

Traducción de Mercedes Guhl

Ilustraciones de Rebeca Jiménez Pintos

*A tía Idalita, ¡por ser tan preciosa y amorosa!
Y también a tío Gus, por su generosidad
de espíritu, ocurrencias y bondad,
que siguen siendo una bendición.*



Índice



Sábado	
<i>La llegada de las Espadas</i>	11
Sábado en la noche	
<i>Una búsqueda del tesoro nocturna</i>	27
Domingo	
<i>El reto de Caridad</i>	45
Lunes	
<i>Victor, el vencedor</i>	61
Martes	
<i>Un 4 de Julio especialmente especial para Juanita</i>	77
Miércoles	
<i>Vicky, la victoriosa</i>	95
Jueves	
<i>Las disparatadas expectativas de Esperanza</i>	111
Jueves en la noche y viernes	
<i>El monstruo de los errores de Mami</i>	127
Sábado	
<i>El gran juego de Miguel</i>	145
Sábado en la noche y domingo en la mañana	
<i>La partida de las Espadas</i>	161



Sábado



La llegada de las Espadas

Miguel es el primero en darse cuenta de la llegada de las Espadas.

Va bajando las escaleras y mira por la ventana. Tres niñas acaban de bajarse de una *van* y aguardan de pie en la entrada, mirando la casa. En sus caras se nota el mismo abatimiento que siente Miguel al verlas.

Debería avisarle a su mamá, pero por ahora quiere posponer todo lo posible esa invasión femenina. De tres hijos que tiene Víctor, ¿no podía ser niño al menos uno?

En la sala, su mamá y tía Lola al fin pueden descansar un poco. Tienen los pies sobre la mesa de centro. Ha sido una semana muy agitada, de cocinar, limpiar y arreglar las habitaciones en las que Víctor y sus tres hijas van a quedarse. Víctor es el abogado de Nueva York que logró que tía Lola obtuviera el permiso para permanecer en los Estados Unidos. Y ni siquiera le cobró un centavo por hacerlo. De manera que acoger a su familia durante una semana en la amplia granja donde viven es lo menos que pueden hacer para devolver el favor.

Mami nota la expresión pintada en la cara de Miguel. —¿Sucede algo malo? Recuerda, Miguel, que

me lo prometiste —añade antes de que su hijo alcance a responderle qué pasa.

Miguel y Juanita, su hermana menor, le habían prometido a su mamá que serían buenos anfitriones con sus invitados. De hecho, cuando Miguel vio a las niñas, estaba trasladando sus últimas cosas al cuartito del ático que queda junto a la habitación de tía Lola, de manera que Víctor y sus hijas estuvieran en el mismo piso de la casa. Pero hay algo en lo que Miguel no va a ceder de ninguna forma, ni siquiera por una semana: la diversión del verano. Tenía tantas ganas de que terminaran las clases. El quinto curso de primaria no fue exactamente fácil para él (como lo atestiguan sus notas). Y de todas las semanas en las que hubieran podido tener invitados, vienen a coincidir exactamente con el primer gran juego de la temporada, el próximo sábado. Él y sus compañeros de equipo van a tener que entrenar en serio si aspiran a derrotar a las Panteras de Panton. Mientras tanto, tía Lola aún tiene que acabar de coser sus nuevos uniformes, pues hasta ahora ha estado demasiado ocupada ayudándole a Mami a preparar la casa para las visitas.

—Ya sé que lo prometí —dice Miguel con un suspiro—. Les dejé mi cuarto, ¿o no?

—Ay, Miguelito querido, ¡has sido tan comprensivo! Mi querido Miguelito...

A Miguel no le gusta cuando su mamá se pone sentimental: Miguelito querido esto, Miguelito querido lo otro. Tía Lola le explicó que en español se añade a un nombre la partícula -ito, que da la idea de algo diminuto, como señal de cariño a esa persona. Entonces, ¿por qué lo hace sentir pequeño si sabe que

no le gusta que le recuerden que es uno de los más bajos de su curso?

—Recuerda que es la primera vez que las niñas vienen a Vermont —empieza Mami, igual que en todas las explicaciones que ya ha oído. Y luego sigue conque cuando Víctor viajó desde Nueva York en abril pasado para representar a tía Lola en su audiencia ante las autoridades de migración, quedó impresionado por la amabilidad de la gente y la belleza del lugar. Y que ahora está pensando en irse a vivir a Vermont, y por eso lleva a sus tres hijas, de doce, once y cinco años, para que conozcan el estado. Miguel había estado entusiasmado con la visita, hasta que se enteró de que Víctor solo tenía hijas y ningún hijo varón.

Mami se le acerca, le toma la cara entre las manos y le planta un beso en la frente. Miguel tiene que reconocer que no ha visto a su mamá tan contenta desde que sus padres se separaron hace año y medio. Y la separación se volvió divorcio a comienzos de año. —Miguel Ángel Guzmán —lo llama Mami por su nombre completo, algo que suele hacer cuando va a señalar un comportamiento que debe corregirse. Pero le sonrío con cariño—. Seguro que vas a sobrevivir. No olvides que entre las mejores personas de este mundo también hay niñas.

Como si esa frase hubiera sido su pista de entrada, Juanita aparece saltando escaleras abajo. —¡Ya llegaron! ¡Ya están aquí! —grita alborotada, como si hubiera un incendio. Antes de que Miguel logre interceptarla, Juanita pasa de largo y abre de par en par la puerta principal—. ¡Hola! A que no se imaginan: una de ustedes va a dormir en mi cuarto, las otras dos en el

de huéspedes, y Víctor se quedará en la habitación de Miguel, y Miguel se va para el ático...

Miguel no puede creer que su hermana haya dado toda la explicación sobre dónde va a dormir cada quién antes de que hayan puesto un pie en la casa. Y resulta más increíble aún que Mami no le llame la atención. En lugar de eso, pasa al lado de Miguel y baja los escalones de la entrada saludando a los recién llegados. —¿Te ayudo con eso, Victoria? Eres Victoria, ¿cierto? —la más alta asiente con la cabeza—. Y tú debes ser Esperanza —dice abrazando a la mediana, que es casi tan alta como Miguel—. Y tú eres la pequeña Caridad —Mami se agacha y trata de darle un abrazo a la más chiquita, pero esta parece ser supertímida, porque huye hacia la parte trasera de la *van*, donde su padre lucha por abrir la puerta. —¡Hola a todos! —grita—. En un momento estoy con ustedes.

—Y Mami dijo que podíamos hacer una fogata y asar *marshmallows*... y tía Lola nos puede contar historias de espantos y podemos hacer piñatas... —si Juanita sigue hablando sin parar, las otras dos niñas van a seguir el ejemplo de su hermana menor, regresarán corriendo a la *van* para marcharse, y punto final.

Pero no salen huyendo. De hecho, parecen más contentas que cuando acababan de bajarse del vehículo. Miguel recuerda su expresión sombría, mirando la casa como si fuera un reformatorio o una mansión encantada.

—¿Cierto, Mami, que podemos hacer todo lo que queramos? —pregunta Juanita, para confirmar.

—Dentro de los límites de la sensatez —dice Mami, y luego añade—: lo que quieran hacer las niñas



—pues se da cuenta de que eso de “los límites de la sensatez” suena como la manera en que una persona adulta diría que no frente a las visitas.

Miguel se queda mirando la alegre escena desde el pasillo de entrada. Más vale que llame a Dean y a Sam, sus mejores amigos, y busquen la manera de encontrar otro lugar que no sea el campo de atrás para las prácticas de béisbol de esta semana, que son críticas. Si no, el equipo va a distraerse. Mami insistirá en que Miguel incluya a las invitadas, aunque sea únicamente para observar los entrenamientos. Y con niñas gritando, aplaudiendo y dando brincos, sabe que su brazo de lanzador no va a funcionar muy bien.

De repente, una mano le da un apretoncito en el hombro. —No te preocupes —le dice su tía Lola para consolarlo.

¿Que no hay motivo de preocupación? ¡Claro! Lo que sucede es que tía Lola adora a todo el mundo, niños y niñas, así que ¿qué va a saber de niñas metidas en el medio?

—Las prácticas de béisbol —murmura—, el juego del sábado, nuestros uniformes nuevos, mis vacaciones de verano arruinadas... —recita como si delirara. Es como si de repente volviera a estar en la clase de la señora Prouty, luchando por hilar todos los elementos de una oración. A lo largo de todo el año escolar, la autoestima de Miguel estuvo siempre por debajo de cero, con sus problemas de lectura, su intento de hacerse a la idea de que sus papás ya no están casados. Pero con la llegada de cada nuevo día de las vacaciones, su corazón ha vuelto al lugar que le corresponde, lleno de alegría, esperanzas y confianza en sí mismo...

—Tendrán sus uniformes, ganarán muchos partidos, tendrás las mejores vacaciones del mundo. Tu tía Lola se hará cargo de eso —dice ella en español, lo cual hace que Miguel dude de que esas maravillas sean verdaderamente posibles en Vermont, donde reina el inglés.

—¿Y qué hay de las Espadas? —pregunta. Se ha divertido llamándolas así durante toda la semana: “Las Espadas vienen, las Espadas llegan”, ya que ese es el apellido de Víctor.

—Yo me ocuparé de ellas —le promete tía Lola, en el momento en que Juanita, las tres niñas, su padre y Mami entran a trompicones a la casa. Como si eso no fuera una invasión suficiente, de algún lugar sale una mancha de pelaje dorado que se abalanza sobre Miguel. Salta y le planta las dos patas delanteras en los hombros, y le lame sonoramente la cara. No parece un comienzo muy convincente para las mejores vacaciones del mundo.

—¡Valentino! —dice la mayor de las niñas, regañando al perro con la voz fingidamente severa que ponen los amos cuando saben que su mascota está haciendo algo malo pero adorable. Miguel no se deja engañar—. Le caíste superbién a Valentino —añade ella, como si eso fuera suficiente disculpa.

Miguel se limpia la cara con su camiseta. En parte, esto le permite ocultar la expresión de disgusto que le hubiera valido un regaño de su mami, y no precisamente de los fingidos. Mientras tanto, Valentino se echa a sus pies, apenado, con el hocico babeante abierto, y jadea sus excusas. Miguel tiene una visión que hace que se le encoja el corazón: Valentino per-

siguiendo la pelota de béisbol, atravesándose en la carrera de los jugadores, retrasando al equipo en su intento de transformarse en una máquina bien aceitada para el gran juego del fin de semana.

—Permítanme explicar —le dice Víctor a Mami—. Valentino no va a quedarse con nosotros.

—¿A qué te refieres? —Mami suena tan decepcionada como si le hubieran prohibido lo que más le gustara en el mundo: tener a Valentino en casa por el resto de su vida.

—Lo vamos a llevar a un hotel de perros.

—Ay, Papá, ¿en serio tenemos que hacerlo? —alega la mediana de las niñas.

—Essie —responde Víctor con la voz muy firme—, acuérdate de nuestro trato.

La chiquita, que ha estado escondiéndose tras una de las piernas de su padre, le tira de los pantalones. —¿Qué pasa, Cari? —pero la niña no va a hablar alto, así que Víctor tiene que agacharse para oír el secreto. Antes de enderezarse del todo de nuevo, ya ha empezado a mover la cabeza para indicar su desacuerdo. —Por ningún motivo. Un trato es un trato, niñas. Ya les vamos a dar a nuestros anfitriones suficientes molestias con nosotros cuatro...

—Pero si no va a ser problema —lo interrumpe Mami—. En esta casa hay suficiente espacio para ustedes cuatro y para Valentino —se inclina un poco y le tira con mano juguetona las orejas del perro—. Sí, claro, claro, tenemos suficiente espacio —dice con voz cariñosa. ¡Qué cursi! Y Valentino le hace caso, bate la cola y mueve su cabezota peluda. Mientras sucede todo esto, nota Miguel, el perro evita mirar direc-

tamente a los ojos de su amo. Hasta una mascota sabe que un trato es un trato.

Víctor parece un perro también, con un hueso. —Jamás planeamos traer a Valentino con nosotros. Perdóname, viejo, pero es la verdad —se disculpa Víctor—. Estábamos prácticamente en la puerta, listos para salir, cuando la chica que nos lo cuida llamó para avisar que tenía una emergencia familiar y debía viajar de inmediato.

—Su mamá murió, en la Florida —anota la mediana—. Allá íbamos a ir nosotros también —una mirada de su padre la obliga a callarse. Baja la cabeza, pero sigue refunfuñando entre dientes—. Bueno, íbamos a ir. Y en lugar de eso, tuvimos que venir aquí, al centro de la nada.

Con el pie empieza a darle a Valentino una especie de caricia que bien podrían ser puntapiés suaves. El perro no parece para nada molesto. *Para una mascota, una caricia siempre es una caricia*, supone Miguel.

El mal comportamiento de su hermana mediana debió darle algo de valor a la pequeña Cari, porque al final se decide a hablar. —Nuestra mamá también se murió, pero en Nueva York. Eso fue hace mucho tiempo —añade, porque el silencio se va haciendo más profundo e incómodo—. ¿No es verdad, Papá?

Víctor se pasa la mano por el pelo, que es denso y negro, con hilos plateados. Parece que no sabe qué decir. Miguel empieza a sentir algo de lástima por él. Al fin y al cabo, fuera de Miguel, es el único otro hombre en la habitación... aunque a lo mejor Valentino también clasifica como tal. Es obvio que Víctor no da

abasto con estas tres niñas de carácter fuerte. Con razón quiere trasladarse a Vermont. Es probable que, de quedarse en la ciudad, la mediana termine formando parte de una pandilla como la que agredió a Miguel en su visita a Brooklyn para ver a su papá durante las vacaciones de invierno. —Como ya íbamos de salida cuando esto sucedió —dice Víctor, continuando con su explicación—, tuvimos una plática y llegamos a un acuerdo —mira a cada una de sus hijas fijamente, para obligarlas a recordar—: que en lugar de buscar un hotel para perros en la ciudad, encontraríamos uno aquí en Vermont.

—Así Valentino también tendría su dosis de aire fresco —añade Victoria.

—Y ejercicio —interviene Cari.

Los dos son argumentos que ningún padre refutaría. Miguel queda impresionado. Pero al mismo tiempo, con papá abogado, es normal que estas niñas hayan aprendido a discutir y argumentar muy bien.

—No podemos aceptar que Valentino se quede aquí —dice Víctor, tratando de poner punto final, como si estuviera rematando un alegato ante un tribunal.

—No, no podemos —repite Victoria, que recibió una mirada pidiendo auxilio de parte de su padre. Ella es la mayor y, al igual que Miguel, probablemente debe dar buen ejemplo. Pero Miguel se da cuenta de que Victoria aceptaría la oferta de Mami sin pensarlo un instante.

—Es que no entiendo por qué lo tienen que dejar en una perrera si aquí tenemos más que suficiente espacio —señala Mami—. Tenemos un amplio jardín y un campo enorme en la parte de atrás.

Miguel no puede creer que Mami esté ofreciendo el campo de entrenamiento de su equipo para tener a un perro que va a andar corriendo de aquí para allá, y haciéndose pupú por todas partes. Está a punto de alzar la voz de protesta pero, como si le hubiera leído la mente, tía Lola da un paso al frente. —Valentino se queda conmigo, como mi invitado especial.

El perro acepta con un ladrido. Tía Lola bate palmas. Hasta donde a ese par le concierne, el asunto está arreglado. Pero Víctor sigue moviendo la cabeza de un lado a otro, como esos perritos con resorte en el cuello que pone la gente en el tablero de los carros.

—Vamos a conocernos —propone tía Lola cambiando de tema, para que cada quien se presente.

—Yo soy Victoria —dice la mayor. Su cabeza sobrepasa a la de Miguel por varios centímetros. Lleva el largo cabello negro echado hacia atrás con dos pisapelos en forma de mariposa. Si Miguel tuviera que describirla para su clase de lenguaje, diría que es bonita. No es que parezca una modelo ni nada parecido, pero sus grandes ojos son brillantes y bonitos, y su piel es de un color canela claro muy bonito, y su sonrisa le ilumina la cara de manera muy bonita. Claro, si Miguel escribiera esto para su clase, la señora Prouty marcaría con un círculo rojo todas las veces que aparece “bonito” o “bonita” y escribiría lo siguiente en el margen: “Repetitivo. ¿No se te ocurre otro adjetivo, Miguel?”. Afortunadamente ya no volverá a tener a la señora Prouty de maestra, ¡hurra!

—Yo soy Caridad, pero todos me dicen Cari —dice la más chiquita. Ha ido entrando en confianza

y perdiendo la timidez, pero también sucede que tía Lola hace que todo el mundo se sienta cómodo.

—Y para cerrar las presentaciones con broche de oro, taráaaaa —la mediana extiende ceremoniosamente la mano. Seguramente ella es la más exagerada y teatral de la familia y, por ser de la misma edad que Miguel, once años, él deberá hacerse cargo de ella—. ¡Yo soy la única, la verdadera Esperanza! —y hace una venia hasta el suelo.

—Victoria, Esperanza y Caridad, ¡es un placer conocerlas! —dice tía Lola en español, y con una sonrisa deslumbrante. Las tres niñas deben entender español, pues responden: —Es un gusto conocerlos también.

Tras abrazar a cada una de las niñas, tía Lola anuncia: —Bienvenidas al campamento de verano de tía Lola.

¿*Campamento de verano?* Miguel no tiene idea de qué está hablando su tía. Y por sus caras, se ve que Mami y Juanita tampoco. Pero se nota que están encantadas de que sea tía Lola quien se encargue del entretenimiento.

La mediana confronta a su padre, llena de curiosidad: —No nos dijiste que fuera a haber un campamento. ¿Qué tipo de campamento? —añade, con tono de sospecha.

—Uno mágico —contesta tía Lola, y le guiña un ojo a la única, la verdadera Esperanza.

—Jamás he estado en un campamento mágico —confiesa la pequeña Cari, y se abraza con fuerza a las piernas de su padre, cosa que hace cuando siente timidez o emoción.

—¿Qué opinan si subimos y los dejamos instalados? —propone tía Lola—. A lo mejor quieren descansar un poco. Nos espera una larga noche.

—¿En serio? —pregunta Victoria con expresión entusiasta. Este campamento empieza a sonar como la idea que tiene una chica de lo divertido.

—No me va a dar miedo, ¿cierto? —la pequeña Cari ya hizo uso de su cuota de valentía por el día de hoy. Al fin y al cabo, jamás se había alejado tanto de su casa para venirse a quedar con unos nuevos amigos de Papá en Vermont.

—No, no hay nada que te vaya a dar miedo —le asegura tía Lola—. Es una búsqueda del tesoro, pero nocturna.

—¿Una búsqueda del tesoro de noche? ¿Y cómo haremos para leer las pistas o encontrar el lugar donde está escondido el tesoro? —dice burlona la mediana quien, a pesar de todo, está algo intrigada.

—¡Tengo maneras de hacer que ustedes puedan ver en la oscuridad! —dice tía Lola con voz misteriosa—. ¡Recuerden que este es un campamento mágico! —y luego se vuelve hacia Valentino—: Señor Valentino, vamos a mostrarles a los invitados sus habitaciones —y como si el perro hubiera vivido toda su vida en esa casa, es el primero en subir las escaleras, guiando a todo el grupo.

Miguel se rasca la cabeza, mientras se pregunta si su tía Lola puede comunicarse secretamente con los animales, así como parece hacerlo con las personas. Cari y Juanita suben tras tía Lola y Víctor, que aún hace gestos de no estar de acuerdo con la situación. Victoria y Mami van detrás.

—¿Tu tía puede hacer magia? —pregunta la mediana, Esperanza, que se retrasa un poco para quedarse desde ya con Miguel.

—Todos podemos hacer magia —contesta él, antes de pensarlo mejor. Debió ser algún instinto masculino de supervivencia que lo empujó a decir eso.

Pero en lugar de parecer impresionada, Esperanza lo mira entrecerrando los ojos con incredulidad. —Entonces, si puedes hacer magia, ¿lograrás que mi deseo se haga realidad?

Miguel se encoge de hombros. —Eso depende —¡Caramba! ¿En qué cosas se está metiendo?

—Haz que esta semana sea más divertida que haber ido a Disney World.

—¿Disney World?

—Allá íbamos a ir de vacaciones. Pero de repente Papá volvió a casa de un viaje de trabajo, todo encantado y maravillado con Vermont.

Miguel debe reconocer que Disney World suena mucho más entretenido que una semana en medio de la nada, incluso si de repente le añaden un campamento de verano al paquete. Pero siente que tiene que defender el estado que es ahora su hogar. —Vermont es estupendo —dice, con un tono de voz menos seguro de lo que quisiera.

—Entonces, ¡ demuéstralo! —contesta Esperanza. Y luego hace un movimiento y todo su pelo, corto y negro, se mece de un lado a otro, y empieza a subir las escaleras detrás de los demás.

Va a requerirse más magia de la que tía Lola puede hacer para salir bien librado de esta semana, piensa Miguel sin dudar.

El primer día de la visita de las Espadas comenzó con una puñalada que desgarró la sensación de seguridad de su corazón.